

La Historia, el Humanismo y América

Rolando Mellafe

En trabajos anteriores hemos descrito cómo en la actualidad la historia, en calidad de ciencia, ha llegado a colocarse en un trance de redefinición de sus objetivos, métodos y alcances, que está afectando a prácticamente todas sus manifestaciones. Esta vital renovación se ha debido parcialmente a la adopción y adaptación, por parte de la historia, de métodos creados por otras ciencias, tanto del espíritu como exactas y que se refieren a temas aparentemente tan dispares como el psicoanálisis o el examen químico de estratigrafía de los suelos (MELLAFE, 1982, b).

Con esto, la historia ha demostrado ser una ciencia de un increíble dinamismo interno y una vez más, lo que sabíamos, de una amplitud capaz de amparar y aprovechar lo que en otras ciencias suele ser considerado muy especial y especializado. Hay que reconocer, sin embargo, que esta especie de revolución científica se ha caracterizado también por un prolongado movimiento de acercamiento de otras ciencias que estudian el hombre y la sociedad hacia la historia. No sólo la historia ha crecido y se ha enriquecido, sino también las otras ciencias —incluyendo algunas de la naturaleza y exactas— han tomado una cierta consistencia de historicidad. De modo que la historia podría ser dentro de poco una especie de último recurso científico, válido en la búsqueda de la síntesis final del acontecer, de la naturaleza del hombre y de las cosas.

De este modo, actualmente existe un diálogo fluido entre historia y filosofía, entre la historia y el humanismo, más que eso la historia ha vuelto a ser humanista, al recabar en el propósito de reestudiar al hombre desde los estratos más profundos de su existencia en un renovado concepto del tiempo, sin desaprovechar la repetición histórica de la existencia de su ser material y espiritual. Suena raro en nuestros días que un filósofo se refiera a un hecho acontecido en el tiempo y en el espacio como a algo que sólo tiene “un interés abstractamente histórico” (GRASSI,

p. 32). Así como, es menos usual en nuestros días que un historiador —nos referimos a un verdadero historiador— dé frutos que de algún modo no estén incluidos en la comprensión humanística del mundo. Creo que es esta una situación nueva. Hasta hace pocos años fue verdad la reconversión de que lo que quedaba registrado en la *crónica histórica* perdía humanidad, se desconectaba, de tal modo, del tiempo y del hombre que, muchas veces, aun la propia historia ya no podía rescatar para incorporarlo al acontecer eterno del hombre, entonces ese hecho sí tenía “un interés abstractamente histórico”.

El comentario crítico que acabo de hacer no afecta a todas las corrientes o modos de hacer la historia, ni mucho menos a todos los historiadores del pasado. Pero es francamente difícil pedirle humanidad objetiva a un cronista vernáculo, comprensión integral del ser a un ensayista ilustrado o exigir a un historiador liberal positivista que deje de analizar el pasado en términos de desarrollo de la civilización. La historia, por la naturaleza de su objetivo, registra las alternativas y experiencias de su propia evolución. Por tal motivo es hoy día mucho más difícil ser historiador; de muchos modos no hemos dejado de lado ni a Descartes, ni a Hegel, Marx o Comte; sin embargo, todos ellos han quedado expuestos a un impulso cada vez más avasallador de huir de los refugios ideológicos del pasado, de la simpleza repetitiva que, históricamente, fueron doctrinas de la explicación de un presente que se dio en el pretérito.

Este impulso actual de la historia es una pura expresión humanística, que, como Petrarca, reclama “una original sensibilidad y un original conocimiento” (GRASSI, p. 27). Pedimos al historiador de hoy la exactitud de un matemático sin que sea matemático, la imaginación de un novelista sin que sea literato, la complejidad de un físico sin que deba ser un cientista de elementos materiales, y el vuelo y las vivencias de un poeta sin que lo dejemos ser poeta. Pareciera que, finalmente, la historia está siguiendo el consejo que el humanista Leonardo Bruni diera a la señora Battista de Malatesta, cuando en una carta, a propósito del “conocimiento”, le escribe: “Quisiera pues, que este ingenio, que promete cosas tan excelentes, esté poseído de un ardentísimo deseo de aprender, de modo que no desestime ninguna disciplina, que nada tenga por ajeno a sí, y que sea arrebatado y encendido con maravillosa avidez al conocimiento y comprensión de las cosas. A éste, ardiente e incitado por sí mismo, en parte le ayudaré con estímulos y le animaré con mis palabras, pero en parte también le aplicaré frenos y lo llamaré a retirada” (BARON, p. 6) *

* Debo la cita y la traducción de ella al profesor Joaquín Barceló.

Naturalmente, no podríamos afirmar que todos los historiadores de la actualidad trabajen acordes con los términos arriba expresados. Pero diríamos que es una tendencia que de diferentes modos nos empuja a todos, siendo una de sus expresiones, por ejemplo, la llamada historia de las mentalidades (MELLAFE, 1982, a). Personalmente, en los últimos años, me he sentido guiado casi inconscientemente a emprender de este modo la investigación histórica. Para ilustrar el problema permítaseme narrar una anécdota muy personal. En noviembre de 1980, cuando recordábamos un año del fallecimiento de nuestro maestro Eugenio Pereira Salas, haciendo una breve semblanza de su pensamiento histórico, había pensado decir —y así lo tenía escrito— que él había sido el último humanista historiador del país, pero dije todo lo contrario, que él fue el primero. Al parecer nadie advirtió el lapsus. En un comienzo no di mucha importancia al acto fallido que acababa de cometer, pero luego me di cuenta que éste se debía a pensamientos que desde hacía tiempo rondaban en mí y que tocaban a la vital cuestión de la historia de hoy, que aquí venimos discutiendo.

Cuando había pensado decir que Eugenio Pereira había sido el último historiador humanista en Chile, quería significar que difícilmente se encontraría en la actualidad a un historiador con un conocimiento más profundo de la cultura, entendida como una sabiduría vital del espíritu, y afinada en pensadores, filósofos y poetas del humanismo. Cuando en lugar de declarar esto afirmé que había sido el primero, mis palabras escondían la idea que hay en la actualidad un renacimiento humanístico, que partiendo de esas bases tradicionales agregan la amplitud científica y sintética de la nueva historia a que hemos hecho referencia en los primeros párrafos.

La cuestión parece complicada. En mi discurso había explicado ya cómo Eugenio Pereira, en su pensar y elaborar la historia, había incorporado nuevos esquemas de la comprensión del tiempo, había entrelazado el acontecer humano con la naturaleza íntima de las cosas, de los usos, de las costumbres, revelando el significado histórico-simbólico de los actos del acontecer en el tiempo. Para hacer esto él tuvo que unir una comprensión profunda del hombre histórico con múltiples avances de otras ciencias, a menudo de origen positivista y dedicadas a la comprensión de objetos materiales y naturales. Ciencias que sirven tanto para escuchar el rumoreo confuso de las multitudes, como para hacer análisis lineales del comportamiento del mundo físico y biológico. ¿No es ésta una acción concordante al viaje y exploración a lo nuevo y a lo desconocido, al estudio de la vida de los hombres, como lo pide Petrarca? Y es también lo que actualmente está haciendo la historia.

En el campo de la historia de América por lo menos, esta visión del quehacer histórico fue escasa hasta hace unos pocos años. Las excursiones desde el centro del espíritu pocas veces se caracterizaron por tender a un saber medular y sintético, alcanzado a través de una "original sensibilidad y un original conocimiento". Suena raro lo que acabo de decir cuando recordamos que si hubo algo que conmovió a todas las corrientes filosóficas del siglo XVI fue precisamente el apareamiento, súbito y desmesurado, del Nuevo Mundo. Entre estas formas del pensamiento muy señaladamente encontramos el humanismo, floreciente en esos años. Algo sucedió entre las conexiones del humanismo y América, que hizo que a poco andar el siglo sus relaciones quedaran rotas y que ahora, después de casi 500 años y de una manera inesperada, se vuelvan a encontrar.

La idea de la amplitud casi infinita del cosmos y del mundo revolucionó a las artes, la filosofía y la ciencia de comienzos del siglo XVI. De muchos modos la teoría coperniquiana y la hazaña de Colón se fusionaron en la mentalidad renacentista. Los humanistas vieron en ello un campo ilimitado por donde la observación del hombre y el diálogo del espíritu con lo desconocido encontraría su máxima realización. Cuestión peligrosa era ésta, a la par que maravillosa, ya que podía llegar a desvirtuar la idea de la creación divina del hombre y del mundo, por lo menos como la había concebido la escolástica medieval. Varios humanistas tuvieron que enfrentarse con la Inquisición al dejarse deslizar demasiado despreocupadamente por este ensanchamiento ecuménico. Giordano Bruno, considerado el mártir del Renacimiento, fue uno de ellos, aunque no de los primeros, desde el momento que reconoció que sus creencias "podrían ser indirectamente opuestas a las verdades derivadas de la fe" (BOULTIN, p. 268). Anteriormente, Bruno había expresado su entusiasmo por la teoría de Copérnico en las palabras siguientes: "La excelencia de Dios es magnificada y la grandeza de su Imperio hecha manifiesta, él no es magnificado en uno, sino en innumerables soles, no es en la tierra ni en el Mundo, sino en cien mil, en globos infinitos . . . Por esta ciencia estamos desatados de las cadenas del más estrecho calabozo y estamos creando una libertad que serpentea en el más augusto de los imperios; somos transferidos desde la fronteras de la vanidad y la indigencia hacia las innumerables riquezas del espacio infinito" (TOLAND, p. 347).

Igual y mucho más directas consecuencias tenía la presencia del Nuevo Mundo. Desde luego, otra corriente filosófica, que también chocó con el escolasticismo: el naciente empirismo inglés representado por Francisco Bacon, quien declara en el *NOVUM ORGANUM* que brindará al orbe una ciencia nueva, así como Cristóbal Colón aportó un Nuevo Mundo

(BAKER, p. 215). Pero más activo aún fue el entusiasmo que despertó América entre los filósofos humanistas. La corte lusitana y la española, que por esos años radicaba en Granada, se vieron invadidas de humanistas que discutían e indagaban sobre el Nuevo Mundo. Algunos de ellos, religiosos, letrados y poetas, se embarcaron incluso en las nuevas expediciones que recorrían las costas africanas y los espacios atlánticos americanos. Los Reyes Católicos, especialmente Isabel, inclinados también al humanismo, aceptaron y protegieron de buen grado a muchos de los filósofos inmigrados. Así, la primera visión que en Europa se tuvo sobre América fue producto del humanismo, comenzando por Cristóbal y Hernando Colón, luego por Américo Vespucio, Fray Ramón Pané y Pedro Mártir de Anglería, entre los más importantes.

El más señalado a nuestros propósitos es Pedro Mártir. Hay en él algo de la emoción de Giordano Bruno, cuando en 1494 dice en una carta a su protector Juan de Borromeo, que ha comenzado a redactar sus *DÉCADAS DEL NUEVO MUNDO*: "He comenzado a escribir unos libros acerca del descubrimiento de una cosa tan grande. Si vivo, no omitiré nada digno de memoria. Por lo menos daré a los doctos, que emprenden el escribir cosas grandes, inmenso y nuevo mar de materias" (AROCENA, p. XIV). Y más tarde a su erudito maestro Pomponio, "Dícenme, amable Pomponio, que brincasteis de alegría y que vuestro placer iba mezclado de lágrimas, cuando leisteis mis epístolas certificándoos del hasta ahora oculto mundo de las antípodas. Obrasteis y sentisteis como debía un hombre distinguido por su erudicción. ¿Qué manjar más delicioso que estas nuevas podía presentarse a un claro entendimiento? ¿Qué felicidad de espíritu no siento al conversar con las gentes de saber, venidas de aquellas regiones! Es como el hallazgo de un tesoro que se presenta deslumbrador a la vista de un avaro. El ánimo se engrandece al contemplar sucesos tan gloriosos" (AROCENA, pp. IX-X).

El humanista italiano fue muy bien recibido en la corte castellana, transformándose pronto en Capellán de la Reina Isabel. Cumplió luego delicadas misiones que le confiara el Rey Fernando y se contó entre los allegados y cortesanos de confianza del cardenal regente Jiménez de Cisneros y del emperador Carlos V. Fue por este último nombrado Cronista de Castilla y miembro del Consejo de Indias. Mientras atendía a sus múltiples ocupaciones en la Corte seguía escribiendo las *DÉCADAS*, "Apoyándome yo en el ejemplo de Aristóteles y de nuestro Plinio..."

La presencia constante de lo clásico fue, sin duda, el más duradero de los influjos humanistas —quizás el único— que finalmente perduró de la primera visión que ellos dieron del Nuevo Mundo. Pedro Mártir lleva esta característica hasta calcular en dracmas el oro que llega de América; denomina archithalaso al almirante y pretor urbano al alcalde. Pero a menudo no encuentra expresiones latinas para

describir lo que ve y le cuentan, y ante el reclamo de los humanistas puristas responde airado, "Uso palabras vulgares cuando no las tiene la antigua lengua latina y séame permitido poner cubierta nueva a lo nuevo que sale a la luz, con permiso de los que no lo dan: quiero que me entiendan" (AROCENA, p. XX).

Y ya que uno de nuestros propósitos es sugerir un motivo que explique el alejamiento del humanismo de la interpretación de América, podríamos preguntarnos: ¿Fue la constante reiteración de lo clásico uno de los motivos de tal distanciamiento? Aunque la repetición de los autores clásicos se perpetuó posteriormente en la Crónica de modo un poco formal, sin duda influyó en el problema. Los humanistas de la época fueron maestros jugando en encontrar todo lo *americano* que había en los clásicos, pero fallaron al no presentar una doctrina coherente y operativa ante el descomunal hallazgo del Nuevo Mundo. Algo faltó al humanismo en este punto, algo que hace aparecer como profética queja los versos de otro humanista portugués, seguidor de Petrarca, Camões, quien reclama a su modo una conexión entre el saber sintetizado en la filosofía y la experiencia de lo actual:

"Se os antigos filósofos, que andaram
tantas terras, por ver segredos delas,
As maravilhas que eu passei, passaram
A tao diversos ventos dando as velas,
¡Que grandes escrituras que deixaram!" (TORRES, p. 95).

A pesar que por esos años eran conocidas en España y Portugal las obras de un humanista crítico como Leonardo Bruni o de un primitivo arqueólogo humanista, Flavius Blondus, los historiadores de esa tendencia quedaron hipnotizados con la simple narración de las nuevas maravillas. "Así me lo cuentan, así te lo digo", escribe Pedro Mártir cuando narra la existencia del legendario país de las Amazonas en el Nuevo Mundo.

El humanismo renacentista vio en las sociedades aborígenes del Nuevo Mundo algo que recordaba al Paraíso, que Dante ya había rescatado como la última morada ideal. Pedro Mártir dice de los indios, "Tienen ellos por cierto que la tierra, como el sol y el agua, es común, y que no debe haber entre ellos mío y tuyo, semillas de todos los males..." Sigue luego relatando, como contrapunto a pasajes de Erasmo, que en aquellas tierras, "No cierran sus heredades ni con fosas, ni con paredes, ni con setos: viven en huertos abiertos, sin leyes, ni libros, sin jueces..." Para concluir que moraban en una edad de oro, es decir, en un tiempo en que el espíritu libre podría, a través de su propia contemplación, construir el conocimiento del principio y del fin.

Esta idílica visión chocó violentamente con la necesidad de saber si esa gente feliz eran *ánimas racionales*, de cómo habían llegado a poblarse allí, de cómo defenderlos de la avidez de conquistadores y empresarios, atrayéndolos al mismo tiempo al conocimiento de Dios. En el cotidiano vivir y en “la mudanza de los tiempos”, el mundo era otro, mucho más urgente y práctico. Cuando los Reyes Católicos convocaron a la Junta de Burgos el año 1512, los historiadores humanistas —Pedro Mártir entre ellos— no tuvieron argumentos sólidos con qué contrarrestar las posiciones más realistas de teólogos y juristas. Fray Bertolomé de Las Casas, que no era cabalmente un humanista, ayudado por éstos, consiguió su “Insula utópica”, que luego fue destruida por la codicia de los mercaderes, las epidemias, el hambre y la muerte.

Los humanistas no pudieron oponerse a las ideas lógicas, prácticas y bien coordinadas de los neoescolásticos, en otras palabras, a las Leyes de Burgos, al Requerimiento del Dr. Palacios Rubio, a los dictados del Concilio de Trento, etc. Fueron ellos los que terminaron de *inventar* América y los que moldearon su primera sociedad y mentalidad. Vinieron luego diferentes grados de empirismos, que desmenuzaron y describieron la verde naturaleza del Continente. Apareció aún la historia, persiguiendo durante décadas y décadas —también del Nuevo Mundo— el éxito de la civilización. Finalmente, después de un círculo de 500 años, la historia comienza a reencontrarse con el humanismo, precisamente aquí, en este pedazo de humanidad que había perdido.

ABSTRACT

The author discusses a renewal within the science of history through its adoption of methods taken from other disciplines, achieving a fruitful dialogue between them and philosophy and humanism, which was very well exemplified in the works of the Chilean historian Eugenio Pereira Salas, who managed to link human happenings with the nature of things and of customs, thus revealing the historic-symbolical meaning of acts across time. Concerning this humanistic conception of history, he specifically mentions the consequences of the discovery of the New World made by Columbus, and how, after a period of five hundred years of divorce between humanism and the interpretation of America, history begins to reencounter it.

BIBLIOGRAFÍA

- AROCENA, Luis A., *Pedro Mártir de Anglería y sus Décadas del Nuevo Mundo. En Décadas del Nuevo Mundo, Pedro Mártir de Anglería*. Ed. Bajel, Buenos Aires, 1944.

- BARON, H., *Leonardo Bruni Aretino, Humanistisch-Philosophische Schriften*. Leipzig-Berlin, 1928.
- BAKER, Herschel, *The Image of Man*. Harper and Brothers, New York, 1961.
- BOULTIN William, *Giordano Bruno: His Life, Thought and Martyrdom*. 1914.
- GRASSI, Ernesto, *El Humanismo y el Problema del Origen del Pensamiento Moderno. En Doctrina de la Verdad según Platón y Carta sobre el Humanismo*, Martin Heidegger (ed.), Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales, Universidad de Chile, Santiago, 1953.
- MELLAFE, Rolando (a), *Historia de las Mentalidades, una Nueva Alternativa*. Cuadernos de Historia [Santiago], N° 2, 1982, pp. 97-107.
- MELLAFE, Rolando (b), *La Historiografía de Hoy. A Propósito de las IV Jornadas de Historia de Chile*. Revista Chilena de Humanidades [Santiago], N° 1, 1982, pp. 61-68.
- TOLAND, John, *Miscellaneous Works*. London, 1747.
- TORRES, Flausino, *Camoës e o Amor*. Iberoamericana Plagencia [Praga], Año III, 1969, pp. 67-95.